

defecciones y rebeliones como hemos presenciado, está muy bien en los límites de lo posible que el Gobierno en un momento de descuido, ó víctima de un pérfido manejo, reemplace á los jefes fieles encargados de la custodia del fuerte, con otros desleales y vendidos á facciones inicuas y trastornadoras. Si al traidor le es dado seducir la parte de la guarnicion que necesita para poner en ejecucion sus intentos, podrá despertar Barcelona viendo levantada sobre su cabeza una bandera rebelde, y hallarse desde luego con la amenaza de que, si no cede á las condiciones que le imponen los sublevados, va á sufrir inmediatamente los horrores del bombardeo.

¿Qué sucederia entonces, por mas fiel, por mas decidido y enérgico que fuese el Capitan general que se hallase al frente del Principado? Por de pronto cundiria por la ciudad la horrorosa alarma, se cerrarian las fábricas, comenzaria la emigracion, se sacarian á fuera los géneros de mas valor y los muebles mas preciosos: en una palabra, se repetirian las tristes escenas de noviembre de 1842 y de junio de 1843. Entre tanto los conspiradores que se hallasen en la ciudad trabajarian por acrecentar la alarma abultando el peligro, y ponderaran la necesidad de entrar en conferencias con los rebeldes para evitar mayores desgracias. Así podrian combinarse bajo la capa de la humanidad los elementos de desórden, interesar en su favor la poblacion temerosa de sufrir una catástrofe, y aprovechar un momento oportuno que les hiciese dueños de la ciudad entera. Y la capital del Principado decidida por una causa, teniendo á su favor los fuertes que la dominan, tiene poderosa influencia sobre toda Cataluña, y pesa mucho en la balanza de España.

Imaginémonos que lo acontecido en Alicante y Cartagena se hubiese realizado en Barcelona, estando en pro de los rebeldes la Ciudadela y Monjuich: ¿hubiera sido tan fácil dominarlos como en las sobredichas plazas? Ciertamente que nó: porque Barcelona abunda de medios de que ellas carecen, porque á Barcelona le bastan algunos dias

de suspension de trabajo para que queden sin pan muchos millares de brazos, ofreciéndose á una Junta revolucionaria la oportunidad de entregarles las armas y de presentar en torno de sus muros una fuerza imponente por numerosa.

Se nos dirá que estos medios de dominar la poblacion por los fuertes es mas probable que favorezcan al Gobierno que nó á los rebeldes; porque siendo aquel el poseedor habitual de las fortalezas, es mucho mayor la probabilidad que obra en favor de él, que no la que está de parte de la rebelion. No negaremos que esta observacion es muy fundada, reduciendo la cuestion de Gobierno á simple cuestion de fuerza; pero todos los hombres que tengan miras elevadas y humanas, se horrorizarán con el solo pensamiento de que pueda venir un caso en que se apele á recursos tan atroces. ¿Se ha calculado bastante la execracion que pesa sobre un Gobierno que se arroje á bombardear una ciudad como Barcelona? ¿Se ha meditado lo suficiente sobre las consecuencias de una crueldad que de suyo pone de mal aspecto la causa de los gobernantes, y da visos de razon y justicia á la de los sublevados? ¿No se recuerda la profunda herida que recibió el poder de Espartero con las bombas arrojadas sobre Barcelona el dia 3 de diciembre? ¿Se ha olvidado que desde aquel instante se notaron síntomas tan alarmantes y amenazadores, que hicieron presagiar la caida del Regente? De lo que resulta que á un Gobierno regular y legítimo no le aprovechan tanto como á la rebelion los mismos medios de reducir á su enemigo; pues mientras aquel tendrá que respetar las consideraciones de prudencia y humanidad, y así se guardará de apelar á recursos crueles, ó no lo hará hasta el último extremo, los sublevados no se pararán por tamaños inconvenientes, valiéndose para el triunfo de todo cuanto se les ofrezca.

¿Qué Gobierno que se estime á sí mismo se atreverá á pronunciar la palabra *bombardeo*, tratándose de una ciudad como Barcelona?

Nó: no son esos los medios con que se gobierna en el siglo en que vivimos: estas monstruosidades que hemos presenciado en los últimos dos años, son excesos á que se ha lanzado el frenesí de la revolucion en sus últimas agonías, como queriendo evidenciar á los españoles que despues de haber desorganizado la sociedad no era capaz de gobernarla sino con hierro y fuego. Jamás los monarcas apellidados *déspotas* se valieron de medios tan crueles para dominar un motin; jamás abusaron de su autoridad hasta el punto de envolver en la ruina de pocos culpables, las fortunas y las vidas de millares de inocentes. Nó: no son estos los medios en que debe afianzarse un Gobierno; si hace la felicidad de los pueblos gobernándolos con sabiduría, suavidad y justicia, tendrá en su apoyo á la nacion entera; y entonces si en este ó aquel punto un puñado de discolos levanta la cabeza, fácil le será sofocar la revolucion con la ayuda de la fuerza armada, y la cooperacion de la inmensa mayoría de los pueblos. Al contrario, si en vez de gobernar con arreglo á las leyes y con miras de utilidad pública, el poder solo trata de explotar la nacion en provecho de unos pocos, se levantará contra él la indignacion general, y tarde ó temprano estallará la insurreccion, sin que basten á prevenirla ni á dominarla los mas inexpugnables castillos. ¿De qué le sirvió á Espartero el conservar Monjuich? ¿Evitó por ventura que el descontento popular estallase en la ciudad con demostraciones estrepitosas, obligando á la guarnicion á pronunciarse á fuerza de abrazos? Y despues que Monjuich se quedó enteramente solo ¿qué logró el teniente de Espartero con sus amenazas de bombardear la ciudad? Nada, sino causar inmensos daños á la industria y al comercio, perjudicando gravísimamente á muchas familias, y sumir en la miseria á las clases trabajadoras; sin que por esto se detuviese la marcha del pronunciamiento general, antes exasperándose los ánimos y arrojando las pasiones contra el causador de tantas calamidades.

Desgraciado el Gobierno á quien se le ha de ocurrir si-

quiera un recurso tan extremado para conservar á los pueblos en la obediencia; señal es que no acierta á llenar el objeto de su destino, y que adolece de algun vicio radical, á cuya curacion seria harto mejor atender, que no á llenar los almacenes de proyectiles para destruir ciudades populosas y florecientes.

Procúrese que la inmensa mayoría del pueblo no tenga motivos para vivir descontenta y desazonada; foméntense los intereses cuyo desarrollo y prosperidad le proporciona medios de subsistencia y de bienestar; no se entreguen armas á quien no ofrezca la mas segura garantía de que no hará mal uso de ellas; vígílese sobre las elecciones para el nombramiento de las corporaciones populares, evitándose el que por sorpresa ó violencia, no se pongan á la cabeza de las poblaciones aventureros inmorales que medran en medio de los trastornos; empléense para regir las provincias subalternos de acreditada lealtad y de firmeza de carácter; y entre tanto váyase preparando lentamente la reparacion de los males causados por las tormentas revolucionarias; trabájese en que la moralidad se propague entre las clases mas numerosas haciendo que se conserve y aumente el ascendiente de la religion, y con este sistema no será necesario gobernar con hierro y fuego, bastará la accion regular y suave de las leyes, y no será menester presentar á los ojos de la culta Europa nunca vistas escenas de escándalo y horror.

De las consideraciones que preceden es fácil inferir que no está destituida de fundamento la opinion de que no fuera dañoso ni traeria peligros al órden público, el derribo de las murallas que ciñen á Barcelona, y hasta el de las fortalezas que la dominan; sin embargo en materias de tanta gravedad é importancia, en que un yerro puede traer consigo resultados tan trascendentales, el Gobierno que deba resolverse á una medida decisiva, es preciso que proceda con la mayor circunspeccion y miramiento. Si algun dia llegase el caso de ventilarse seriamente el negocio, seria conveniente oír á los militares inteligentes

en la materia, para que ilustrasen al Gobierno sobre las ventajas que pudieran traer las fortificaciones de Barcelona en caso de una guerra extranjera; seria indispensable oír á las autoridades civiles que por su larga residencia en la capital del Principado hubiesen tenido ocasion de meditar repetidas veces sobre este negocio, á la vista de los mismos hechos que se les andaban ofreciendo; y sobre todo de la mayor importancia oír á la ciudad misma, á los propietarios, á los fabricantes, á los comerciantes, á los artesanos; explorar, en una palabra, por diferentes medios, la opinion y la voluntad de todas las clases, siquiera para saber á qué parte se inclinaria el instinto de la propia conservacion, que no pocas veces es muy feliz y certero.

Solo despues de un prolijo y desinteresado exámen se debiera tomar una resolucion definitiva; porque el destruir obras de tanto valor, y cuya construccion creyó conveniente la sabiduría de los siglos pasados, es acto á que es preciso proceder con mucha cautela.

No obstante, si despues de sometida la cuestion á juicio exámen, resultase que el bien que dimanará de la destruccion es mayor que el que se obtiene con la conservacion, parécenos que seria un escrúpulo indigno de hombres de gobierno el detenerse en la ejecucion por no echar á perder, como suele decirse, una obra de tanto coste. Las fortificaciones no son monumentos artisticos: son objetos de utilidad; ó aprovechan, ó embarazan: este es el punto de vista bajo del cual deben ser consideradas; lo demás es un apego á lo existente que no justifican las miras de elevada política.

Por lo tocante á las ventajas que reportaria Barcelona del derribo de las murallas y de los fuertes, respectivamente al desarrollo de sus intereses materiales, es cosa tan evidente que podemos abstenernos de ocuparnos en demostrarla; baste decir que atendida su situacion topográfica, la blandura de su clima, la belleza de sus alrededores, el espíritu industrial y mercantil de sus habitantes,

es probable que ensanchándose de repente la ciudad se uniria desde luego con Gracia, y en seguida con otros pueblos vecinos, convirtiéndose en el espacio de veinte y cinco años en una de las capitales mas extendidas y mas vistosas de Europa. ¿Le está reservado este porvenir? Creemos que sí, porque la cuestion de las murallas está ya casi resuelta. Derribada una parte de ellas y estropeada otra, es urgente el proceder á su reparacion ó al ensanche: lo primero es difícil se realice; y cuando se haya convenido en ensanchar, será tambien muy difícil que en el nuevo recinto se levante una fortificacion en regla. Se comenzará por levantar interinamente unas tapias, y se aplazará para tiempo indefinido la construccion de la nueva muralla.

Entre tanto los edificios irán ganando terreno, se alzarán otras fábricas al lado de las existentes, los intereses industriales fomentados cada dia mas, se atreverán á mayores exigencias, así la ciudad como los alrededores interpondrán su poderosa mediacion para que no se realice el proyecto de encerrar de nuevo la poblacion con otra línea de fortificaciones, hasta que al fin se abandonará semejante idea y se dejará que las cosas sigan su curso natural y poco menos que necesario. — *J. B.*

EL SOCIALISMO.

ARTÍCULO 2.º

TEORÍAS DE ROBERTO OWEN.

Expusimos en el artículo anterior el origen de las doctrinas trastornadoras de la sociedad que habian aparecido en este siglo. Allí fijamos su carácter é indicamos su ten-